



Nova et vetera

# REVISTA DEL COLEGIO MAYOR

DE

# NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO

Rector: Illmo. y Revdmo. Sr. Dr. D. JOSE VICENTE CASTRO SILVA

## SUMARIO

**Carlos Lozano y Lozano:** Discurso en la clausura de estudios 1943.  
**Carlos José Romero, Pbro.:** Panegírico de la Bordadita.—**Leopoldo Uprimny:** El mito de Bolívar tomista. (Contestación al doctor Jesús Estrada Monsalve en la polémica bolivariana.)—**HOMENAJE DE LA "REVISTA DEL COLEGIO MAYOR DE NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO" A DON MIGUEL ANTONIO CARO EN EL PRIMER CENTENARIO DE SU NATALICIO.**—**Miguel Antonio Caro:** Tarde de Verano.—**Víctor E. Caro:** La juventud de don Miguel Antonio Caro.—**Juan Crisóstomo García, Pro.:** Las poesías latinas de Caro.—**Jorge Gómez Restrepo:** Miguel Antonio Caro.—**Gamallo Fierro:** En el centenario de un nieto de España: el colombiano don Miguel Antonio Caro.—**Fechas memorables en la vida de Caro.**—**Actos oficiales:** Nota dirigida al doctor Darío Echandía con ocasión de su exaltación a la Presidencia de la República, y contestación del Excelentísimo señor Presidente de Colombia y Patrono del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario.—Nota dirigida al doctor Antonio Rocha con motivo de su nombramiento para Ministro de Educación Nacional, y respuesta del mismo.—**Alumnos graduados en Jurisprudencia en la Facultad del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario.**—**Clausura de estudios en el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario.**—**Bachilleres de 1943.**—**J. G. Bruton:** Gongorismo y modernismo.

Volumen XXXVIII — Octubre y Noviembre de 1943.—Nos. 375 y 376

# Para Fiestas y Reuniones

WHISKIES CABALLO BLANCO, LOGANS,  
MACKIE'S, INVERARAY, OLD ANGUS.

Vinos Oporto GILBEY, tintos y blancos.  
Rancho: surtido completo en artículos  
de las mejores marcas y calidades.

## Para arquitectos y constructores:

Hierros en todas formas.  
Baldosín blanco y de color.  
Mallas con o sin vena para cemento.  
Cemento blanco.  
Layamanos, bidets, inodoros, tinas,  
orinales y demás artículos sanitarios.

Envíe sus pedidos a la

# CASA BELGA

Calle 13. N° 15-69-73 - Teléfonos 7918 y 4250  
BOGOTA

Sucursales en Barranquilla y Medellín.

Los mayores importadores de licores  
y de materiales y artículos para construcción.

<b>Carlos Lozano y Lozano.</b> —Discurso en la clausura de estudios 1943	367
<b>Carlos José Romero, Pbro.</b> —Panegírico de la Bordadita .....	320
<b>Leopoldo Uprimny.</b> —El mito de Bolívar tomista. (Contestación al doctor Jesús Estrada Monsalve en la polémica bolivariana.) ..	329
<b>HOMENAJE DE LA "REVISTA DEL COLEGIO MAYOR DE NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO" A DON MIGUEL ANTONIO CARO EN EL PRIMER CENTENARIO DE SU NATALICIO:</b>	
<b>Miguel Antonio Caro.</b> —Tarde de verano .....	362
<b>Víctor E. Caro.</b> —La juventud de don Miguel Antonio Caro .....	363
<b>Juan C. García, Pbro.</b> —Las poesías latinas de Caro .....	372
<b>Jorge Gómez Restrepo.</b> —Miguel Antonio Caro .....	378
<b>Gamallo Fierro.</b> —En el centenario de un nieta de España: el colombiano don Miguel Antonio Caro .....	379
Fechas memorables en la vida de Caro .....	382
<b>Actos oficiales.</b> —Nota dirigida al doctor Darío Echandía con ocasión de su exaltación a la Presidencia de la República, y contestación del Excelentísimo señor Presidente de Colombia y Patrono del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario .....	388
Nota dirigida al doctor Antonio Rocha con motivo de su nombramiento para Ministro de Educación Nacional, y respuesta del mismo .....	389
Alumnos graduados en Jurisprudencia en la Facultad del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario .....	391
Clausura de estudios en el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario .....	391
Bachilleres de 1943 .....	395
<b>J. G. Bruton.</b> —Gongorismo y modernismo .....	396

## José Gutiérrez G.

### GRAN SASTRE

Calle 14 No. 6-73 - Teléfono 70-13



**INSTITUTO CULTURAL  
COLOMBO-BRITANICO  
(COLOMBO-BRITISH INSTITUTE)**

CARRERA 7ª N° 24-31.

●  
*CENTRO DE CULTURA INGLESA EN BOGOTA*

Pídanse prospectos  
e informes sobre las actividades al teléfono 9051.

**LA PRUEBA EN DERECHO PROCESAL  
CIVIL**

por

JUAN MANUEL PEÑA DAVILA

●  
**Obra de importancia para profesionales  
y estudiantes.**

**REVISTA DEL COLEGIO MAYOR  
DE NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO**

La responsabilidad de los artículos pertenece al autor.

Tarifa reducida en el servicio postal interior. Lic. N° 118.

RECTOR: D. D. J. V. CASTRO SILVA

Redacción: Eduardo Carranza. — Administración: José María Chaves.

---

Volumen XXXVIII - Bogotá, octubre y noviembre de 1943.—Nos. 375 y 376.

---

**DISCURSO DEL Dr. CARLOS LOZANO Y LOZANO  
EN LA CLAUSURA DE ESTUDIOS 1943.**

Vinculaciones sentimentales, morales e ideológicas muy hondas me ligan a este claustro venerable, en el cual transcurrieron los años de mi niñez y de mi adolescencia, época afortunada e inolvidable, en que el alma se abre a todas las expectativas de la existencia humana, con un calor, una fe y una receptividad que nunca vuelven a sentirse con la misma gallardía ni la misma frescura. Parece hartamente banal repetirlo, pero la vida es áspera, y rudos son los embates, vicisitudes y conflictos que esperan a cada hombre al lanzarse a la lucha por el espíritu y el pan, cuando se cierran para él las puertas de su hogar universitario y aparecen ante sus ojos apasionados e inexpertos los vastos horizontes del mundo, tan inquietantes y complejos, favorables en conjunto para algunos, gravemente arduos para otros, para todos dolorosos, ya que es el dolor la ley del esfuerzo y la victoria, y ya que sin él, tan acerbo y tan reconfortante a la vez, la voluntad naufragaría en el piélago de la facilidad, y las fuerzas primordiales que elevan y dignifican a la especie no podrían alcanzar en el individuo aquel temple de vigor y firmeza sin el cual es imposible dejar hue-

Ha ninguna de actividad creadora, de tarea fecunda o de cruzada por la verdad y el ideal.

Viví durante largos años continuos amparado por la sombra de estos arcos y bóvedas históricos, donde la Colonia descubrió sus sabios, la patria naciente reclutó sus héroes y próceres y la república sus mejores pensadores y estadistas. Viví bajo la enseñanza y el ejemplo de uno de los más grandes colombianos de todos los tiempos, a quien la nación está en mora de consagrar una estatua. Después de mi padre, nadie ejerció más hondo influjo sobre mi pensamiento y mi carácter. Lo amé y veneré hasta el instante en que me cupo el infausto privilegio de amortajar sus carnales despojos, y amo y venero su memoria que representa para mí en las horas amargas o difíciles algo así como el arrecife inmovible donde encuentro energías, coraje y resolución para afrontar los deberes de mi carrera pública.

Es que no suelen encontrarse reunidas en la humana naturaleza las raras excelencias que en armoniosa conjunción integraban la personalidad de Monseñor Rafael María Carrasquilla. De los hombres de su época pudo haber algunos que lo superaran en una cualquiera de las manifestaciones de su proteica actividad. Nadie se elevó hasta la altura de aquel conjunto de atributos que hicieron de él, dentro de la república, como un centro de irradiación, como una severa cátedra de entereza y de decoro, como una protesta tremenda contra todo abuso, contra toda iniquidad, contra toda claudicación. Era un maestro que enseñaba por la sola virtud de su presencia. Cada uno de sus actos era una lección silenciosa. Acercarse a él era someterse a su ejemplo. Someterse a su ejemplo era luchar sin tregua por depurar el propio barro moral, en una indefinida aspiración hacia lo más noble y lo mejor. Carrasquilla educaba juventudes. No creyó nunca que fuera suficiente instruir las. Sus enseñanzas científicas y filosóficas podrán ser combatidas. Nadie podrá decir jamás que desde ninguna otra cátedra se hayan exaltado mejor las virtudes ciudadanas. Nadie

podrá decir jamás que un rosarista haya traicionado a la patria.

Literato completo, erudito, filósofo, escritor impecable, algunas de cuyas páginas pertenecen ya al patrimonio clásico de la lengua española, señor de la teología, feliz discípulo de los latinos y los griegos, apasionado por cualquier manifestación de la belleza, historiógrafo y sagaz investigador, el segundo fundador de este Colegio fue también un "causeur" que deleitó a cuantos le trataron, un hombre de mundo que parecía educado para embajador. Su porte, su apostura señorial, la noble elegancia con que llevaba el traje talar, la gentileza de sus maneras, no fueron jamás menos admiradas que sus ejecutorias mentales.

Como orador sagrado, Monseñor Carrasquilla alcanzó la perfección, ese don casi inasible que sólo muy contados varones logran en momentos singulares, separados entre sí por grandes distancias en el tiempo. Los anhelos, las quejas, las protestas de la humanidad surgían convertidos en fórmulas sonoras y luminosas de sus labios, que a veces, agitados por una santa pasión, dejaban escapar solemnes imprecaciones con la tempestuosa vehemencia del torrente que se despeña; a veces, movidos por la ternura y la piedad, mantenían a los oyentes en un estado de suave conmoción y de trémulo arrobamiento; a veces, unguados por el fervor apostólico, señalaban nuevas rutas al espíritu, derribaban los símbolos apócrifos, inundaban de luz las más abstrusas controversias teológicas, derramaban la sublimidad del Evangelio como un suave bálsamo sobre las almas angustiadas, hacían contemplar a los viajeros del espíritu, en medio de la niebla, la radiante cúspide del monte. La árida estructura de la dialéctica penetraba dócilmente en las conciencias, al través de la amplitud y la riqueza de sus formas verbales, del ascendiente fascinador de su gesto, de su mirada y de su voz. La caja sonora de su cerebro recogía todas las palpitaciones del auditorio, y por eso lo subyugaba, lo estremecía, lo exaltaba, lo poseía por entero porque cada uno de los que escuchaban aquella magna elocuencia podía per-

cibir que sus propios sentimientos fluían, embellecidos y magnificados, de la boca del maestro. Carrasquilla no fue solamente un orador insigne. Era la encarnación misma del orador, y su palabra, que no pudo nunca desatarse sobre las multitudes congregadas en el ágora, ni sobre las polémicas del Parlamento, subió en la Academia, en el Ateneo y en la cátedra sagrada hasta una altura casi inaccesible.

Era nuestro antiguo rector uno de esos caracteres tallados en basalto que recuerdan, en los tiempos actuales, la austera entereza de aquellos senadores patricios que permanecieron enhiestos sobre sus bancos de marfil, cuando la población de Roma se ocultaba despavorida ante la invasión de los galos. Llevadero fue siempre para él decidirse en las circunstancias premiosas y difíciles: está siempre abierta la senda del honor y del deber. Aquel agudo y nunca fallido don de consejo que hacía acudir hasta su intimidad a los ánimos atormentados por la congoja o la duda, procedía, ante todo, de la integérrima estructura de su carácter y de la paternal severidad con que imponía en el momento preciso una alta norma de vida.

Carrasquilla amó a Colombia de una manera tan honda, tan intensa, tan total, que en su culto de patria llevó el fervor hasta los mismos linderos, adonde en sus alas magníficas lo condujo la fe en Dios, la fe en la religión católica, que saturaba su espíritu y había llegado a ejercer sobre su vida el mismo influjo de sus propias condiciones orgánicas de temperamento. En su amor por Colombia el noble prelado demostraba una ternura, una solicitud, una emoción y al mismo tiempo una arrebatada vehemencia, una vibrante fiereza, que hacían de él un prócer y que recordaban las actitudes heroicas de sus antepasados. Pero su amor era, a la vez, el resultado de una convicción filosófica, el imperativo del deber, la expresión más hermosa de su contextura moral. Habría practicado sin vacilar, si la ocasión hubiera llegado, aquella frase suya inolvidable que causó en Lima en oportunidad solemne un verdadero estremecimiento: "Sólo hay algo más hermoso que vivir para la patria: morir por ella."

Republicano ferviente, convencido, irrevocable, no transigió nunca con los amagos dictatoriales. Graves y tajantes palabras, de serena altivez, de magnánimo reproche, escucharon todos aquellos que solicitaron su adhesión, o al menos su tolerancia, después de quebrantar los mandatos constitucionales. Nada intimidó en semejantes horas su intrépida energía y nunca nadie se atrevió contra él.

En este Colegio de inmemorial grandeza, su tarea fue sorprendente por la intensidad y las dilatadas repercusiones, por la insomne perseverancia y los fecundos resultados, por la largueza y la amplitud de criterio con que fue llevada a término, por la comprensiva tolerancia con que dejó siempre a sus discípulos pensar y orientarse libremente por las complejas sendas de la inteligencia. Con nobilísima solicitud y con abnegación singular consagró treinta y siete años de su vida a formar en este claustro glorioso —que renació con clarísimos esplendores bajo su mano, que él veneró con toda su alma y cuyas tradiciones inmaculadas supo conservar y renovar— varones dignos de la raza y de la patria.

Cuando la humanidad del maestro hubo de hundirse en el polvo, la república perdió uno de sus ideales arquitraves, al perder a la vez a un príncipe de la Iglesia a quien no hubiera exaltado en un ápice el palio arzobispal que no le fue concedido. "Si Carrasquilla hubiera vivido en Europa, me dijo un día en Roma el Cardenal Vico, que era entonces el mayor personaje de la cristiandad después del Pontífice, llevaría hace ya tiempos la púrpura católica."

Perdonadme que os haya quizás fatigado con estas palabras, que apenas constituyen un pálido eco de los sentimientos que vosotros profesáis por el noble desaparecido y del concepto que siempre habéis tenido acerca de su escultórica personalidad. Pero pueden en mi ánimo más los recuerdos y el afecto, la gratitud y la constante evocación, que las exigencias de la oportunidad.

Afortunados vosotros, jóvenes estudiantes de este Colegio, prestante mocedad de las aulas de ahora, vigoroso renue-

vo de la tradición histórica rosarista, que habéis hallado en Monseñor José Vicente Castro Silva, un sucesor del antiguo jefe de esta casa, a su altura y su medida. Nada mejor podría yo decir para exaltar a vuestro maestro, que fue también el mío para honra y orgullo de mis mejores años, sino que se sienta con perfecto decoro en el sillón otrora enaltecido por Rafael María Carrasquilla, que es digno en un todo de ocupar su lugar, y que en sus manos no habrá de trepidar, y mucho menos de abatirse, la bandera del Rosario, acostumbrada a arrojar con sus pliegues inmaculados y piadosos las sienas inmortales de los grandes de Colombia.

Señores alumnos:

Encargado hoy, por insigne distinción inmerecida, de la política exterior de la república, en época quizá la más decisiva y trascendental que haya vivido la humanidad desde los tiempos del descubrimiento de América, he vuelto los ojos durante las últimas semanas hacia aquellos fundadores de la patria que se destacaron con mayor magnitud y prestancia en el ámbito de las relaciones internacionales, y que dejaron sus nombres ligados a las primeras páginas de la historia diplomática de Colombia, las más altas y nobles de todas. Y al atender el llamamiento de vuestro egregio rector, a quien nada puedo rehusar, y mucho menos la honra de dialogar con vosotros en esta sesión de clausura de estudios, a pesar de las responsabilidades y preocupaciones que embargan actualmente mi ánimo, he querido trazar ante vosotros, en brevísimo bosquejo, algunas de esas páginas que enorgullecen al país.

Doblemente útil me parece hacerlo, pues de una parte, como lo afirmó el ex presidente Eduardo Santos en famoso discurso, "todo el panorama de la vida contemporánea está dominado por la cuestión internacional", de donde se sigue que todos los estudiantes colombianos, y con mayor razón los de jurisprudencia, deben familiarizarse con esta clase de problemas; y de otra parte, fue tan clara la posición de orientadora y directora de la política continental que tuvo la patria en su primera etapa independiente, y fue tan profética, de tan ex-

cepcional clarividencia la conducta de nuestros primeros diplomáticos y hombres de Estado, que no puede dejar de enaltecerse su prestigio en esta hora en que sus fundamentales iniciativas comienzan a tener vida plena, y mucho menos en esta casa secular, que es como el depósito y el guardián de las glorias de la generación libertadora.

Os mencionaré tan sólo unos pocos nombres y unos pocos hechos, pues la brevedad del tiempo no consiente otra cosa; pero debo advertiros que la clase de estudios e investigaciones acerca de los cuales intento llamar vuestra atención, es un inmenso arsenal de documentos y actitudes que le hacen supremo honor a la república.

Bolívar, Santander, don Pedro Gual, don Manuel Torres, encabezan la pléyade de nuestros internacionalistas. Tan sólo a ellos podré referirme en una fugaz ojeada retrospectiva, pues el tema es vastísimo, verdaderamente formidable.

Bolívar es, como lo dijo Rodó, el "barro de América atravesado por el soplo del genio". Es la conciencia de América, la vida de América, la palpitación de América proyectada hacia lo universal, transfundida en la cultura de occidente, incorporada en la historia humana como fuerza específica. Y por eso aquel hombre providencial cuya existencia recorre en su órbita ilimitada todas las provincias del orbe intelectual y moral, que en tres décadas de agobiante actividad se colocó, a la vez, al lado de un César y un Cavour, de un Temístocles y un Richelieu, y que no sólo paseó sus armas por un mundo tan grande como Europa, sino que llevó sus estandartes de paz y sus sueños de solidaridad y de justicia a todos los rincones de las antiguas Indias de occidente, será siempre, como ha sido hasta ahora, el punto de referencia de la unidad americana, el símbolo de la concordia, la máxima fuerza de irradiación y de cohesión, la brújula, el estímulo y el aglutinante supremos.

Fue él el precursor de todas las normas, de todas las medidas que trece décadas después se han tomado para robustecer y defender el continente contra las amenazas exteriores



y las rivalidades o querellas internas. Su visión portentosa alcanzó a discernir con absoluta claridad, en un momento en que las circunstancias y los hechos no se prestaban para escrutar un futuro tan distante, los problemas y las inquietudes de la época actual. Y puede afirmarse sin vacilar que si sus proyectos y admoniciones hubieran sido escuchados oportunamente, se les habrían ahorrado a las democracias americanas muchas de sus más tremendas vicisitudes históricas.

Por medio de la circular del 7 de diciembre de 1824, la cual sintetiza sus meditaciones e iniciativas de muchos años, convoca el célebre Congreso de Panamá que debía congregarse a todos los plenipotenciarios de las naciones de América, y en ese documento expone todas las ideas que hoy, a virtud de las recientes reuniones de cancilleres de La Habana, Panamá y Río de Janeiro, constituyen los más audaces progresos del panamericanismo.

En los tratados que propone a los gobiernos del Perú, Chile, Buenos Aires y México, consigna todos los principios fundamentales que han guiado las relaciones de los pueblos cultos durante el siglo XIX, y establece los procedimientos jurídicos y equitativos de una paz estable, de una mutua asistencia, de un común desarrollo y de una decorosa armonía. Sus concepciones son certeras y fulgurantes, las premisas de su pensamiento aparecen inmovibles, la magnitud, el vigor y la penetración de sus planes desconciertan. Su mirada aferra los matices de las cosas; la índole varia de los pueblos, el volumen de los obstáculos, el encadenamiento y el desarrollo de los fenómenos sociales. No es posible resumir siquiera su obra de vidente porque tal cosa demandaría un libro entero. Baste decir que nadie puede negarle, pero ni siquiera discutirle hoy día, después de más de una centuria de investigación, de controversia y de crítica, su estatura solitaria de creador de casi todo cuanto es fundamental en la vida internacional americana.

Pero Bolívar no está solo. A su lado florecen los espíritus superiores, capaces de desarrollar, de precisar, de llevar a la

práctica, de someter a los contornos de la realidad los inmensos bosquejos, las perspectivas ecuménicas de aquella mente excepcional.

Santander es la ponderación y la estabilidad. Su raciocinio y su conducta no alcanzan el vuelo aquilino de los del Libertador, pero constituyen algo así como el contrapeso de los inevitables excesos del genio, de los desmesurados impulsos de su ánimo heroico, que hubieran podido conducirlo a la quimera. Santander le imprime a la marcha de las cosas, al manejo de las circunstancias, un sentido de equilibrio, un trazo de madurez, que complementan y hacen viables, aun limitándolos, los prospectos de Bolívar. Como iniciativa peculiar de su estilo introduce en la política grancolombiana el concepto del acercamiento y la estrecha colaboración con los Estados Unidos. Preciso es confesar que sin él este punto de vista esencial no hubiera sido contemplado con suficiente amplitud, y que se hubiera producido así un vacío en nuestra actitud internacional. El tiempo ha ido demostrando la solidez y la trascendencia incalculables de esa tesis. A este respecto nadie vio tan claro como él. Bolívar no había pensado en invitar a Panamá a los americanos del norte; Santander lo hizo y en muchas ocasiones más acentuó y vigorizó esta sagaz orientación.

Débase también a ese insigne prócer el postulado de la soberanía completa y la independencia recíproca de las naciones de América, dentro de un sistema de solidaridad y de armonía. No creyó posible ningún proyecto de verdadera confederación y los hechos han confirmado enteramente ese punto de vista que demuestra cómo apreciaba y medía la realidad circundante. Y se le debe otro postulado: el de la no intervención en los asuntos internos de los demás Estados, a menos que se tratara de un llamamiento espontáneo de algún pueblo hermano en defensa de su libertad. Estas dos grandes ideas bastarían para consagrar su nombre como maestro en el campo de las relaciones exteriores. Pero hizo muchas otras cosas insignes: así la campaña diplomática que culminó con el reconocimiento de nuestra independencia por las naciones euro-

peas, el esfuerzo gigantesco para sostener y equipar la campaña libertadora del Perú sin comprometer nuestra propia seguridad, y las sabias gestiones para mantener la amistad de Colombia con el imperio del Brasil, a pesar de la diversidad de los regímenes políticos, amistad que un excesivo celo por los intereses de la Argentina hubiera podido hacer peligrar por muchos años, con grave quebranto de nuestra posición. El segundo entre nuestros libertadores no sólo le dio, pues, su inconfundible fisonomía civil a la república y su característico sistema de gobierno fundado en las instituciones, no en los hombres, sino que proyectó sobre todo el panorama continental su visión de hombre de Estado.

Don Pedro Gual, caraqueño ilustre que después de una noble carrera de servicios a la causa de la independencia se trasladó a Cartagena, donde se le eligió por los patriotas miembro de la Legislatura y Prefecto de la provincia, fue el primer ministro de Relaciones Exteriores de Colombia. El primero en el tiempo y quizás el primero en la capacidad, la autoridad y la eficacia. Las funciones de un canciller son siempre delicadas por su propia naturaleza. Pero hay que pensar en las dificultades tremendas que le correspondió vencer a Gual en un momento en que Colombia era un embrión que salía apenas del caos revolucionario y en que era preciso organizarlo y fundarlo todo, sin antecedentes, sin doctrinas establecidas, sin colaboradores expertos, con un sistema de comunicaciones casi impracticable, en medio de la guerra, y cuando los Estados de otros continentes carecían en absoluto de información acerca de nosotros y nos consideraban como salvajes o bárbaros. Agréguese a esto que Colombia era, a la vez, dentro de la América del Sur, la primera potencia debido a sus glorias militares y a su fuerza real, y que, por lo tanto, se hacía indispensable presentarla ante el mundo con la espléndida dignidad y el decoro que sus ejecutorias demandaban.

Gual cumplió esta tarea de manera ejemplar y nunca fue inferior a las circunstancias. Los tratados suscritos por él, las instrucciones dadas a nuestros plenipotenciarios, todos sus

documentos e iniciativas aparecen hoy mismo, después de más de un siglo de experiencia, como magistrales. Era un diplomático nato y se desenvolvía con el desembarazo de un ministro europeo. Es el ejecutor insuperable de los designios continentales del Libertador y de la mentalidad positiva de Santander. Es él quien proclama, propone y acredita el principio del *uti possidetis juris* en materia de límites y extensión territorial de cada Estado, principio que ha sido la medula de la vida internacional hispanoamericana. Es él quien prepara y organiza el Congreso de Panamá y quien representa allí a Colombia. Es él el consejero y el mentor insuperable de todos nuestros diplomáticos de la época. Es él quien asegura para el país el respeto y la consideración de los pueblos extranjeros. Sin poderme extender más sobre este punto, quiero simplemente recomendaros, señores estudiantes, la lectura de dos de sus más grandes páginas: las instrucciones impartidas a don Joaquín Mosquera para el desempeño de su misión ante las naciones del Sur de la América, y la respuesta dada al almirante inglés sir Lawrence Halstead con motivo de una reclamación acerca de nuestros derechos en la Mosquitia. Esos papeles de Estado caben en cualquier antología de notas diplomáticas. Podrían estar suscritos por un Metternich o un Talleyrand. El primero de ellos habría sido suficiente, un siglo después, para nuestras delegaciones a las Conferencias de La Habana, de Panamá o de Río de Janeiro, reunidas en el curso de esta guerra, dada la penetración y la extraordinaria visión del futuro que revela. Aprended a venerar, señores, el nombre de don Pedro Gual.

Voy a terminar esta exposición con unas pocas palabras acerca de don Manuel Torres, quien fue nuestro primer ministro en los Estados Unidos y fue, a la vez, el primer agente diplomático de los nuevos Estados hispanoamericanos aceptado por el gobierno de Washington. Su esfuerzo inicial consistió precisamente en obtener el reconocimiento de nuestra independencia, pero sus servicios a la causa de la emancipación de todos los otros pueblos hermanos, son inmensos. Sus notas a

John Quincy Adams, secretario de Estado del presidente Monroe, fueron enviadas al Congreso americano junto con el mensaje del jefe del Estado en 1822, y son documentos admirables por la fuerza, la serenidad, la elevación y el contenido dialéctico. Adams, en sus memorias, dedica un capítulo entero a la misión de Torres.

Pero le corresponde a este diplomático colombiano una gloria más alta: los historiadores contemporáneos han demostrado que fue el primer inspirador de la célebre doctrina conocida con el nombre de Monroe, y a virtud de la cual los Estados Unidos resolvieron oponerse con todo su poder a cualquier tentativa de agresión de los Estados europeos contra las repúblicas americanas, doctrina aceptada por el Tratado de Versalles al finalizar la gran guerra, cuya trascendencia formidable todos conocen, y que constituye el documento más célebre del Derecho Público americano. No puede negarse que el gobierno inglés, y especialmente su gran ministro Canning, favorecieron con el peso de su inmensa autoridad la adopción de esta política. Pero la concepción y la iniciativa procedían de nuestro insigne Torres.

Paréceme que bastan los esquemáticos apuntes anteriores para sacar valedera la tesis de que nuestra diplomacia fue, en la primera etapa de la vida libre de este continente, sustento y base de la política colectiva americana, y presea de honor inmortal para la patria. Y cabe observar que apenas he señalado algunos pocos de sus trazos esenciales. El esfuerzo de los colombianos debe tender y tiende al restablecimiento de ese eminente prestigio y de esa posición directiva que ganaron para nosotros los hombres de Estado de 1820 a 1830, aunque la trágica e irreparable disolución de la Gran Colombia no nos permitirá nunca, quizás, recuperar por entero la prestancia internacional que tuvo entonces la república.

Señores estudiantes:

Volvamos los ojos hacia la generación libertadora que hasta ahora nos abrumba con su talla titánica. No podemos ser tan grandes como ellos, porque al cumplir sus hazañas inmortales

han hecho fácil nuestro deber al través de más de una centuria, y porque el marco inmenso de su acción redujo los lindes de nuestras posibilidades. Pero no tenemos el derecho de abandonar su ejemplo, enceguecidos por nuestra inferioridad. Su legado no puede ser un legado gracioso sino invitación permanente al sentido romano de la vida: a la fortaleza, a la energía, al coraje masculino, a la capacidad de esfuerzo y sacrificio. Una nación es una perpetua tarea; hay campo en su trayectoria para todo género de empresas. La vida cambia y se renueva, las ideas evolucionan y perecen, mudan los sistemas, caen derribados los ciclos históricos. Pero a cada paso algunas tinieblas se desgarran y nuevas rutas aparecen. Verdaderos o falsos son fecundos todos aquellos conceptos que elevan el ánimo, concentran la fuerza moral hasta su plenitud y unifican las conciencias para cualquier cosa grande. Hagamos del culto de nuestros estadistas, próceres y mártires, una realidad vivaz, un compromiso de honor. Y que ellos nos presten la inspiración esclarecida que los tiempos demandan a fin de vigorar el espíritu nacional, interpretar mejor la libertad, fortalecer la raza, preservar el futuro autónomo de la república y dejar, en fin, algunos trazos perdurables sobre el perfil histórico de la nación colombiana, que se destaca ya victoriosamente al final de un largo sendero de pasiones, de querellas y errores, que debemos amar por ser de nuestros padres y por el cuño de idealismo que lo exalta, pero del cual debemos alejarnos en busca de una ruta más segura, más fraternal y más vasta, en medio de una Europa que declina y de una América que empieza a forjar ya sus valores eternos.